

Viernes 20 de abril de 2012

Desde la *Ermita de San Antonio de la Florida* hasta la de la *Virgen del Puerto* y el *Puente de Segovia*, paseando por Madrid-Rio.

Ermita de San Antonio de la Florida.

Se encuentra en el Paseo de la Florida, vía creada para unir la capital con la cercana localidad de El Pardo, a mediados del siglo XVIII. Dado que los nobles solían construir sus palacetes a las afueras de Madrid, el paseo fue testigo de las rencillas entre la Duquesa de Alba y María Luisa de Parma, por dar las mejores fiestas y en la mejor zona. Por eso el Paseo de la Florida pasó de ser lugar por donde transitaban las lavanderas –por su cercanía al río- a ser lugar distinguido y señorial.

En su origen se veneraba una pequeña imagen de Nuestra Señora de Gracia, sin embargo resultó que la imagen de San Antonio tenía más devotos. Cuando se ensancha el Paseo, la ermita es demolida, y se construye otra llamada *Ermita de San Antonio de los Alemanes*, o del “pan y del huevo” como ya vimos en una anterior visita.

Carlos IV ordena la demolición de la Iglesia y posterior construcción de una nueva ermita que tomaría el nombre definitivo de *Ermita de San Antonio de la Florida*. Su arquitecto fue el italiano Philipppo Fontana, que edificó una iglesia cuya planta de cruz, dicen que más griega que latina. Parece ser que también intervino un tramoyista. Se encarga la decoración a **Francisco**

de Goya, que desde que Carlos IV sube al trono, fue Pintor de Corte. Ya, siendo el Rey Príncipe de Asturias, Goya había creado cartones para los famosos tapices del Palacio del Pardo. Y más tarde sería nombrado Pintor de Cámara, hasta la muerte del Rey.



Debido a la inhalación de plomo, tan frecuente en los pintores, Goya sufrió la enfermedad llamada “saturnismo” lo que le acarrearía su sordera. Fue después de su enfermedad cuando llevo a cabo las pinturas del ábside –una Adoración de la Santísima Trinidad- y las maravillosas pinturas de la cúpula. Esta cúpula ha tomado el nombre popular de “la pequeña Capilla Sixtina”. El pintor cambia la composición con respecto a otros artistas; de



tal manera que escoge el *milagro* que va a reflejar y lo coloca en la parte central, y el Cuerpo Celestial o Apoteosis figura en la parte baja, vinculado al soporte de la pared. Pinta sobre el estuco y debido a la humedad, al humo de las velas y a la afluencia de devotos, se deteriora rápidamente, por ese motivo ha sufrido ya tres restauraciones.

La pintura está dedicada al santo portugués Antonio de Padua y el milagro es el siguiente, según nos cuenta nuestra guía: Estaba el Santo en plena prédica y le avisan de que su padre ha sido acusado

de matar a un hombre. Antonio viaja desde Padua a Lisboa y allí, ante el asombro de los presentes, exhorta al muerto a que se levante y señale al asesino.

Toda la escena se compone en torno de la balaustrada que sigue el contorno de la cúpula. Goya utiliza el “trampantojo”, como se ve en los niños que pasan la pierna sobre la barandillas y los majos y majas apoyados. El pueblo agachado, como debe ser. También hay



personas nobles, ellas con sus vestidos de corte imperio. Una mujer alza los brazos al cielo

aclamando el milagro y un hombre de rostro bastante monstruoso y vestido de azul, se alza con toda la pinta de ser el muerto resucitado. En otro retazo, un estudiante (eso dicen) que se trata del verdadero criminal, se autoacusa. En algunos rostros, como el de uno de los personajes que mira hacia el público y otro con chaleco marrón, se advierte ya como el pintor se va aislando del mundo para representar su torturado mundo interior, lo que será evidente más tarde en las “pinturas negras”. A destacar el verismo de las cortinas y la sierra madrileña que enmarca toda la pintura; el cielo con nubes en la parte superior da la impresión de estar “a cielo abierto” .



Y pasamos a la zona celestial, y observamos como va cambiando el color, desde el oscuro a la claridad. En las pechinas que sujetan la cúpula, figuran angelotes que recorren las cortinas para que se vea bien el milagro. Angela, muy contenta,



dice que son ángeles, para hacer honor a su nombre, aunque la verdad, no sé en qué se basa, nos parecen todos iguales. Para una de las ángeles parece ser que “modeló” la Duquesa de Alba; Goya, para despistar, la pintó rubita... Otra figura se asemeja a la Maja vestida. A un lado hay un cartel que nos muestra la técnica de la restauración; se trata de inyectar estuco con una jeringuilla



en las grietas.

En el muro de la derecha, se puede ver una Inmaculada, que mas bien parece la Virgen Niña, venerada por San Carlos Borromeo y San Fernando, parece ser que dada la devoción de los Borbones, Carlos IV quiso que figuraran su santo patrón y el de su hijo Fernando VII. Las paredes son de estuco, imitando mármol. El retablo es de pan de oro y yeso, pues a causa de los incendios, Carlos III había prohibido los retablos de madera. En la guerra se destruyó la imagen de San Antonio. En el Altar Mayor, un Cristo de carey y marfil y del techo pende una lámpara que es la original.

A los pies del presbiterio se encuentra el panteón de Goya que por voluntad propia y a causa de su desacuerdo con la política de Fernando VII se exiló a Burdeos, en donde murió. En 1901 se trasladaron sus restos y fueron enterrados, junto con



los de su suegro, M. de Goicoechea. La sorpresa fue, cuando se les ocurrió exhumar sus restos, comprobar que el pintor **no tenía cabeza**. Se dice que se utilizó para estudiar los detalles de su enfermedad. En la actualidad, se decide cerrar la ermita y utilizarla solo a modo de museo. El culto se celebra en una iglesia gemela.

A la salida, en una pared de mármol se encuentra la famosa pileta, donde se celebra la popular ceremonia de los “alfileres”, el 13 de Junio. LO HACÍAN LAS MODISTILLAS PARA QUE LES SALIERA UN BUEN NOVIO, ES DECIR, GUAPO Y RICO. Hay comentarios de todas clases, y siempre hay alguien que asegura que “conoce casos”. No sé yo...

Ermita de la Virgen del Puerto.

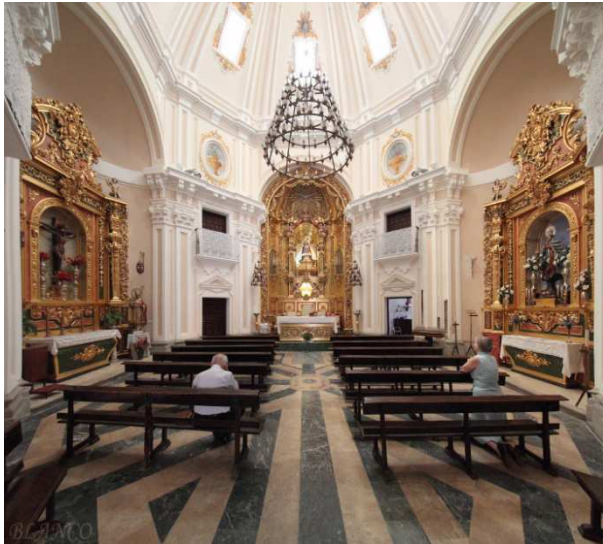
Dando un pequeño paseo -bajo la lluvia- llegamos a la Ermita de la Virgen del Puerto. Fue edificada a instancias del Marqués de Vadillo, quién por ser nacido en Plasencia y muy devoto de su Virgen del Puerto, puso la ermita bajo la advocación de la misma. Sin embargo el pueblo de Madrid, siempre muy dado a los sobrenombres y haciendo referencia a los numerosos puestos de venta de melones que se instalaban a su alrededor, la conocía como **La Melonera**. La obra se encarga al arquitecto Pedro de Ribera que, como recordaréis, lo fue también de la Iglesia de San José que visitamos en febrero pasado.



Se ha ajardinado toda la zona, en lo que según Angela fue el primer “Madrid Río”. Es una pena que la iglesia no esté abierta, solo la abren para el culto los festivos y parece ser que el párroco no da muchas facilidades. Desde donde nos situamos admiramos la fachada, muy bella en su sencillez, enmarcada por dos torres. Presenta tres puertas diferentes, la central más grande; se trata de una *fachada telón* puesto que, como en las *Bernardas*, en el interior, en lugar de tres naves no hay más que una planta octogonal y dos pequeñas capillas laterales. Quemada durante la guerra civil, fue objeto de varias restauraciones y la imagen, copia de la que existe en Plasencia, no es tampoco la original; también se destruyó.



Del interior, nos dice Angela que lo más destacable es la tumba



del Marqués de Vadillo, realizada también por Ribera. Y un curioso balconcillo, desde donde el Marqués asistía a Misa. Damos la vuelta al edificio y disfrutamos de una vista diferente. Podemos admirar la cúpula octogonal y la nervadura hasta la linterna. A la iluminación contribuyen las buhardillas; la cabecera es recta y el ábside cuadrado sostiene la ermita.

Para cuantos todavía no hemos tenido la oportunidad de contemplar el interior, incluimos una bonita fotografía cedida gratuitamente por *Google*.

La sacristía está detrás de una pequeña puerta y no nos es dado ver nada más. Con todo, la ermita se ve preciosa, iluminada por el sol.

El Puente de Segovia

Y siguiendo por el paseo, donde las zonas verdes y plantones de miles de árboles formaran parte del futuro Parque, llegamos al Puente de Segovia “mucho puente para tan poco río”, dicen los madrileños. Felipe II lo manda construir para cruzar el río cuando se dirigía de

la “Casa de los Austrias” a la Casa de Campo, donde se dedicaba a la caza, -¡Ay, la caza, la caza...!- dicen

algunos con ironía. Es el puente más antiguo de la ciudad y fue encargado a Juan de Herrera, el arquitecto favorito, que se basa en los puentes romanos. Se nota que las arcas estaban llenas pues se utiliza el granito



(en el Puente de Toledo se utiliza piedra porosa).

Consta de nueve arcos de medio punto almohadillados. Sus pilares cilíndricos se alzan sobre tajamares de forma triangular. Dos cuerpos laterales en forma de templete, a los lados del arco central, albergan esculturas de San Isidro y Santa María de la Cabeza. A semejanza de este puente tenemos el de Mérida, al paso del río Guadiana.

Y terminamos nuestro periplo con unos vinos y tapitas en un *italiano* en el Centro Norte de la Estación de Príncipe Pío, según las buenas costumbres.



Centro Norte en la Estación de Príncipe Pío

¡Ah, se nos olvidaba! Las croquetas estaban riquísimas. Y en el puchero ¿qué había? Ya no me acuerdo, pero seguro que nos lo comimos.